

CON LA MIRA EN EL TRABAJO. PRESENTACIÓN

Estela Grassi
Claudia Danani

Este libro habla de la vida de personas que se ubican y transitan por los diferentes espacios del mundo del trabajo, según las experiencias que ellas mismas transmiten. Y con esas experiencias, el libro trae a la reflexión las condiciones de ese mundo y los modos de vida en los que, por distintas causas, el trabajo ocupa el lugar preponderante.

El libro es, a su vez, el producto de la labor de investigación de un equipo interdisciplinario, algunas de cuyas integrantes compartieron las primeras inquietudes y preguntas sobre ese mundo, mientras otras se incorporaron al proyecto cuando ya había avanzado la indagación en el campo. Esta referencia no es meramente anecdótica, porque lo que queremos transmitir es que pasamos un tiempo considerablemente largo tratando de transformar esas “inquietudes” en un objeto de investigación. En un sentido esto es obvio para esta actividad, pero en este caso el mayor esfuerzo estuvo dirigido a abandonar los “problemas sociales” del desempleo, los desempleados, los asistidos por planes, para construir un problema de investigación propiamente dicho, que comprendiera la producción de los problemas sociales en su materialidad (las condiciones de sufrimiento de grupos de personas) y *qua* problemas; es decir, en temas de preocupación política. Para el investigador que asume explícitamente un compromiso con su sociedad y su tiempo, esta necesaria distinción de planos de lo real comporta una dificultad adicional que exige un trabajo específico, pues la dimensión que alcanzan esas “condiciones de sufrimiento” y el contenido de algunas justificaciones interpelan la conciencia y empujan a confrontar esos discursos “mostrando” la gravedad y la hondura de los problemas mismos (o a quienes los padecen), a veces en los mismos términos que ellos proponen¹.

La perplejidad que produjeron los acontecimientos políticos de la última década del siglo pasado, bajo la hegemonía del pensamiento neoliberal, con la intervención (a veces directa o por intermedio de sus *think tanks*) de grupos sociales tradicionalmente poderosos, y con el concurso activo del gobierno peronista de la época, contribuyó a interpretar la transformación que se operaba en el Estado en términos de ausencia, retiro, abandono, mayor libertad, mayor participación de la sociedad civil, etc. Con signo positivo o con signo negativo, esas interpretaciones se generalizaron en el pensamiento cotidiano. Creemos, por el contrario, que lo que se puso de manifiesto fue un cambio sustantivo del sentido de las intervenciones estatales y que, conjuntamente, se transformó la vida social. Estas metamorfosis no se refieren ni se expresan únicamente en los indicadores socio-económicos, sino también en las circunstancias que justifican y motivan los esfuerzos, desvelos y denuevos de la mayoría de las personas. Justamente en estas circunstancias se atraviesan el mundo del trabajo y el mundo de la vida, al menos si aceptamos que “trabajamos por alguna/s buena/s razón/es” y no inopinadamente “para otros o para el capital”, como zombis, forzados o por engaños.

Ahora bien ¿cuáles son, dónde se inscriben y qué efectos tienen para nuestras vidas (para las distintas vidas) y para la vida social esas (buenas) razones? Más latente que formulada, esta era (y sigue obsesionándonos) la pregunta última que nos llevó a poner en un mismo espacio de relaciones, “vidas” diferentes (diferentes estrategias de generación de ingresos de los hogares, de participación en la vida social, incluso diferentes modos de sopesar el mérito de lo que se hace). Mundos de vida distintos pero no inconmensurables, por lo

¹ “Sin una crítica que ponga en cuestión no sólo los ‘efectos’ de tales políticas [se refiere a las llevadas a cabo por el proyecto político neoliberal-populista de los 90] sino también el tipo de vida que propusieron y/o contribuyeron a instituir [...] es posible el retorno (y la credibilidad) de un discurso que, otra vez, oculte que las condiciones presentes son el punto de llegada de un proyecto que requirió de un impulso deliberado para imponer sus principales metas y dar cierta estabilidad, mucho más que a la economía, a las instituciones sociales que desplazaron aquellas viejas (y limitadas) protecciones estatalmente instituidas. [...]”

... La radicalización de la crítica supone desmontar también los argumentos de sus “críticos orgánicos”, para los que el problema radicó, únicamente, en la ineficacia de la implementación [de las políticas] por deficiencias de la gestión o el clientelismo político.

Asimismo, aquella crítica es necesaria para contribuir a la ampliación de los márgenes de decisión en el propio Estado, en la eventualidad de de proyectos y voluntades políticas que propongan metas y cursos de acción alternativos”. (Grassi, 2003: 305-6).

tanto, inteligibles, comunicables y comunicados, aún en su extrema distancia, que no se da sino en relaciones que contienen los parámetros del distanciamiento. Al menos es éste un supuesto fuerte de nuestras investigaciones.

Cada uno de los capítulos se detiene en aquellas circunstancias (y esfuerzos, desvelos y denuedos) inscriptas y vividas en condiciones que, desde nuestro punto de vista, están dadas y dependen fuertemente de las relaciones en el mundo del trabajo. Por eso, la condición laboral es el eje que organiza el libro. Circunstancias que, entonces, no son “circunstanciales”, sino que por ellas asoma la desigualdad en sus manifestaciones más sutiles (también en las más brutales).

Desde las primeras investigaciones en el campo de las políticas sociales llevadas a cabo por nuestro equipo², incorporamos la cuestión de las condiciones de trabajo como un eje central para comprender el sentido y la lógica política-ideológica que se solapa en las disputas por la privatización de algunos servicios y prestaciones, la asistencialización de otros tantos, la focalización en “los pobres” de siempre y las compensaciones para los “nuevos pobres”. Advertíamos entonces que esas transformaciones en estos sectores de políticas daban cuenta (y participaban) de la estructuración de nuevas instituciones y de cambios culturales que iban dando forma a una sociedad diferente en lo que se refiere a las clases y grupos sociales y al carácter de sus relaciones. Y esto más allá de las normas que lograban plasmarse.

El núcleo de esas transformaciones estuvo en las condiciones de uso de la fuerza de trabajo, que en el lenguaje quedaron subsumidas en las “modalidades de gestión del trabajo”: la posibilidad de una disposición más indiscriminada de la mano de obra, de un uso más intenso y prolongado cuando se ocupa, la desresponsabilización socio-estatal en relación con su reproducción (mantenimiento, formación, salud, provisiones). Pero más allá de esas condiciones que expresan el estado de la relación capital-trabajo y que se hacen aplicables por las normas³, nuestra hipótesis es que lo que en algún sentido distingue a este proceso de otros del último siglo es que se acompañó –o comprendió también, y de manera central- una implicación más intensa, más íntima, y más indiferenciada de la vida y el trabajo. Los posibles datos de esta hipótesis no son necesaria o prioritariamente aquellos dados por la “necesidad de trabajar más cuando los ingresos son insuficientes”, sino que la condición de “indicios” de cambios culturales radica, precisamente, en que tal implicación, intimidad e indiferenciación se da también –y se “justifica”- en los ámbitos más modernizados de la producción, o entre los trabajadores de más alto desempeño, o en los sectores “más dinámicos”⁴, que parecen jugar el papel de adelantados en el cambio de las reglas y difusores de las mismas. La juventud, el dinamismo, la informalidad⁵, la disponibilidad, el dominio de las tecnologías informáticas⁶, el contrato por locación, así, sin orden de prioridades, se nos daban a la percepción en el mismo momento en que se discutía el “fin del trabajo”, y que aumentaba de manera inédita la desocupación de mano de obra que devenía obsoleta, sobrante o inempleable⁷; y cuando el riesgo de quedar desempleado empujaba también a “trabajar más”. Estos eran indicios de que algo cambiaba en la relación con el trabajo y de que se iban conformando los parámetros de una nueva normalidad y una nueva moralidad que, como tales, trascienden a los “problemas de la década del 90”.

² Nos referimos a nuestra participación en sucesivas programaciones UBACyT de manera ininterrumpida desde 1991, incluso compartiendo proyectos con el Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras. Una parte de la producción correspondiente se encuentra consignada en la bibliografía.

³ Su trasgresión o incumplimiento no desestima esta afirmación, pues se incumple lo que se da por obligatorio. Pero la reiteración del incumplimiento puede conducir, como ocurrió en el campo de los derechos laborales, a su deslegitimación.

⁴ Entre algunos de aquellos “*que ganaron*” parafraseando a Svampa (2001).

⁵ El término “yuppies” se generalizó como la contracara de los excluidos.

⁶ Hasta una década atrás se trataba todavía de un saber que hacía de parte aguas entre quienes lo dominaban y quienes se resignaban a vivir en la oscuridad de su ignorancia (los “analfabetos tecnológicos”).

⁷ Son los términos con los que se capta, clasifica y normaliza el nuevo estado de la población trabajadora.

Buena parte de la investigación referida a lo social durante la última década (en ese contexto de transformaciones de todo orden) se llevó a cabo bajo el supuesto de la heterogeneidad⁸. Los “nuevos pobres”, los “nuevos ricos”, los pobres y los ricos de siempre, los que ganaron y los que perdieron, los exitosos y los inempleables, los protegidos (por la legislación y la seguridad social) y los precarizados, los asalariados ocultos, los desocupados ocultos, los desocupados a secas, los que ascendieron socialmente y aquellos a los que, estando en eso, les cambiaron de lugar la escalera sin que alcanzaran a advertirlo, son los términos con los que reconocemos que la sociedad no es lo que era, y las clases sociales no son lo que eran (o lo que creíamos que eran). El mundo social devino “heterogéneo”, pero ¿cómo?, y sobre todo, ¿dónde? Queremos decir, ¿en qué parte de ese mundo social se percibe, se revela y se releva la heterogeneidad y a su vez, qué revela ésta, más allá de lo obvio?

Una mirada rápida por la producción del campo académico permite observar que el diagnóstico de heterogeneidad suele estar referido, mayormente, a un único universo, sean los pobres, los excluidos o los marginados⁹. Es decir, a una parte sola de un campo más complejo que se pierde de vista, naturalizándose la dinámica en la que se configuran las diferencias y los eventuales agrupamientos. Si la investigación acerca de la heterogeneidad de la pobreza puso sobre el tapete la variabilidad de situaciones, experiencias e intereses y ayudó a conocer sus particularidades, a la larga –al focalizarse reiteradamente en los mismos sectores como si fuera todo el universo de lo estudiable- condujo a reconstruir un supuesto implícito de homogeneidad de orden superior, que parece envolver a “los heterogéneos”, hasta transformarlos en “otros diversos”¹⁰ –de distinta naturaleza- y autoreproducidos, fuera del espacio social.¹¹ La aguda observación de Castel acerca de que el último capitalismo producía unos “inútiles para el mundo” como aquellos que produjo en su origen, parece haber conducido a centrarse en “ellos”, y menos en las relaciones del espacio en el que se define su eventual inutilidad. Esas relaciones se captan en términos de desigualdad social si se las toma en cuenta y el análisis trasciende la realidad manifiesta sin desatenderla. Hace ya más de 20 años Alford y Friedland ([1985] 1991: 18) lo dijeron mejor que lo que podríamos decirlo nosotras aquí: “...lo que una obra *no* trata es tan significativo desde el punto de vista teórico como sus supuestos e hipótesis explícitos”.

Es obvio que la utilidad (o inutilidad) está referenciada en “el trabajo”, que no es un universal abstracto, sino una condición estructural de la sociedad capitalista, que funda relaciones y sujetos. Esta es la condición ineludible de la dinámica histórica (y situada) de constitución de las figuras (y su categorización sociológica y política) de quienes habrán de ser reconocidos como sujetos trabajadores; asimismo, de las formas (cambiantes) de participación e inclusión; y de los caminos que conducen al reconocimiento. Figuras y trayectos que son, a su vez, la referencia de los que no serán reconocidos o transitan senderos ajenos al orden así constituido y representado.

Sin embargo, en ese universo de “los excluidos, los pobres, o los marginales” (los no reconocidos ni representados como sujetos del trabajo hoy) es posible contabilizar a las costureras de las grandes marcas que trabajan a destajo (Chávez Molina, 2005), a los “sin papeles” de los talleres clandestinos que también producen para las firmas “de marca”; a los cartoneros, figura por excelencia de “la exclusión” y principal atractivo de una buena parte de la investigación pos crisis (junto con los planes sociales), que abastecen de insumos para la industria del reciclado, etc. (Merlinsky, 2002; Farjn, 2002; Schamber y Suárez, 2002; Chavez Molina, 2005; Lieutier, 2008).

En lo que hace a los especialistas en temas de mercado de trabajo, las situaciones como éstas generan debates acerca de su extensión, causas, definiciones, y articulación y aportes a la economía formal; y en lo que respecta

⁸ Para una revisión crítica del concepto de heterogeneidad, ver Danani, 1999.

⁹ Una destacable excepción es la investigación pionera de Maristela Svampa sobre la vida en los countries (op. cit).

¹⁰ “*De distinta naturaleza, especie, número, forma, etc.*” según la definición del Diccionario de la Real Academia.

¹¹ Es decir, una homogeneidad de contenido y sentido distintos del que el concepto de heterogeneidad había venido a poner en cuestión.

a los estudios especializados que se proponen definir y describir las condiciones de inserción laboral, suelen ser señaladas como las “situaciones grises”, por los contornos difusos de las relaciones, lo escurridizo de sus manifestaciones, la insuficiencia de las categorías de las que se dispone. Sin embargo, es necesario precisar esas situaciones, tanto por razones de buen gobierno como de alcanzar una mejor comprensión del funcionamiento del capitalismo. Pero más allá de estas exigencias (de gobierno, de conocimiento), si estamos en lo correcto al decir que el trabajo, tal como se halla organizado en el capitalismo, es el principio estructurante de las sociedades modernas, constituye un desafío elucidar las consecuencias del hecho de que hasta la exclusión del mundo del trabajo sea ya una condición posible en la sociedad del trabajo, y no fuera de ella.

En ese entendimiento se inscriben nuestras preguntas acerca del trabajo y la vida: el mundo de la vida no es ajeno a la estructuración por el trabajo, sino parte entrañable de su naturalización y real dominio. Aunque conviene aclarar de entrada que no se hallarán explicaciones de este nivel, porque apenas nos asomamos a indagar la relación entre unos ámbitos que el propio capitalismo inventó y separó.

¿Cómo se trabaja y se vive hoy (o cómo se vive y se trabaja) en los distintos lugares de un espacio que incluye –porque lo define– el afuera y el adentro, lo “normal” y lo que no lo es; lo nombrado y lo que, a falta de denominación, es “excluido”?¹²

Dando por sentado que se produjeron transformaciones profundas en la relación capital-trabajo y en la vida social, y que esas transformaciones llevan en su seno la existencia simultánea de nuevas reglas de “éxito” y por lo tanto, condiciones de probable fracaso, pero que en cualquier caso se trata de las condiciones de la realización del trabajo en su relación con el capital, nos referimos al mundo del trabajo (y a su estado), considerando al conjunto de las formas y condiciones de realización de las capacidades para la generación de ingresos de cualquier nivel, de la población “dependiente” o “subordinada” al capital. Asimismo, aplicamos la noción de “condiciones de trabajo” a esa totalidad –es decir, rebasando el empleo directo y formal por el capital, y abarcando el autoempleo– porque entendemos que las condiciones generales del mercado están dadas por la dinámica de la acumulación capitalista, y por lo tanto, de ésta dependen también la viabilidad y productividad de las unidades económicas de reproducción. En cuanto a la “gestión del trabajo”, el concepto hace referencia a los modelos de organización de la fuerza de trabajo por las empresas, que se emplean en pos de hacer más eficiente su aplicación tras el objetivo de una mayor productividad del trabajo. En consecuencia, se supone que tienen una base de racionalidad comprensible desde el punto de vista de la reproducción del capital, pues se dirigen a objetivos concientes y predefinidos. Sin embargo, tal racionalidad no engloba (necesariamente) las necesidades e intereses del sujeto, o los incorpora subordinados a aquellos objetivos. Ahora bien, si asumimos como principio la capacidad de agencia de los sujetos del trabajo –en consecuencia, también la facultad para registrar la realidad inmediata en la que deben desenvolverse y, entre otras cosas, las condiciones más o menos favorables de la misma– debemos considerar la realización necesariamente singular de las reglas de la gestión, así como la reinterpretación y/o impugnación de su racionalidad en los espacios concretos de labor. Asimismo, debemos considerar la competencia para diligenciar las propias capacidades y disposiciones cuando se trata de organizar el propio trabajo para la autoreproducción. Sin embargo ésta no debe asimilarse a la racionalidad de la gestión empresarial, tanto porque se dirige a la autoreproducción, como porque está dada por el habitus constituido en la experiencia de vida del sujeto¹³.

El supuesto es también que, una parte de ese cúmulo de capacidades (todavía grande, aunque no somos nosotros quienes podemos dimensionarlo) es usada y gestionada directamente por el capital; el uso de otra parte depende indirectamente de sus necesidades y demandas y está articulada al mercado respectivo.

¹² La “exclusión” devino en el modo de nombrar por la negativa aquello que ya no tenía nombre (y a los que ya no entraban en las categorías conocidas) pero que pueden ser objeto de intervenciones sociales para su inclusión, en el mejor de los casos, o de represión. En el mismo movimiento, su existencia pasa a ser independiente del “adentro” quedando eliminada la contradicción de su probable existencia antagónica, y protegida la normalidad del orden legítimo.

¹³ Las “estrategias de sobrevivencia” se inscriben en esta capacidad de agencia, que nada tiene que ver con una “acción racional”, ni con una reacción indeterminada.

En ese sentido, “mundo del trabajo” expresa nada más que el supuesto de que, bajo distintas modalidades, la mayoría de las personas “viven de su trabajo”. Es decir, de la aplicación o empleo de sus capacidades, sean éstas valoradas, reconocidas, desconsideradas, mal pagas o consideradas superfluas. En cualquier caso, es la relación con el capital la que impone las condiciones generales en las que “se trabaja para vivir”. En lo particular, las condiciones refieren a la disposición de medios más o menos adecuados (o su no disposición), riesgos –y posibilidad o no de prevenirlos- protecciones, esfuerzo exigido, etc. En conjunto, las condiciones de realización del trabajo determinan tanto las necesidades del presente como las proyecciones del futuro.

Concretamente, el “mundo del trabajo” comprende todas las formas de empleo por el capital y públicas, en todos sus niveles y categorías, pasando por los servicios personales, el autoempleo, hasta la ocupación en actividades al menos en apariencia, superfluas para la producción. Cuán superflua, voluntaria, preformativa de otra economía, etc. son estas aplicaciones de las que vive una parte importante de la población, es un problema que nos supera. Por el momento, nos interesa indagar en las experiencias de vida de quienes viven (vivimos) del trabajo, en un contexto socio-histórico en el que las condiciones con las que se articulaban las representaciones de la/s clase/s se difuminaron y, por lo menos, dejaron de ser evidentes. Si para nuestra cultura (en términos muy generales, aquella que quedó configurada con la consolidación del capitalismo moderno) el trabajo organiza la vida en su conjunto, trabajo y vida sólo se distinguen porque hay algo más que hacer en la vida que solamente trabajar, pero el despliegue de esos quehaceres posibles (más o menos creativos) están fuertemente constreñidos por la posibilidad y las condiciones del trabajo. Dice Le Blanc (2007:24):

“Las capacidades creadoras que funcionan en el trabajo no son una creación del trabajo y en consecuencia pueden desplegarse en otros planos. [...] Por lo tanto, la posibilidad de reanudar la creatividad de la vida ordinaria en otra esfera que no sea la del trabajo se encuentra altamente fragilizada por la vulnerabilidad social engendrada por la ausencia de trabajo”.

En tanto que elegimos abordar el mundo del trabajo desde la perspectiva “de la vida”, se impone acá la aclaración de que nos estamos refiriendo al ámbito que comprende el conjunto de prácticas que corresponden a la reproducción de las personas en tanto “sujetos singulares” (Heller,1977), momento, a su vez, de la reproducción social. Si como dice Habermas (1987) el horizonte en el que los agentes comunicativos se mueven “ya siempre” queda delimitado en conjunto por el cambio estructural de la sociedad y se transforma a medida que se produce ese cambio, los hechos y sucesos sociales comprendidos en esos procesos cobran sentido para el sujeto desde lo que para él es un mundo singular, y es en relación con esos sentidos que se toman decisiones y desarrollan acciones referidas “al trabajo”. Al menos una parte de las “buenas razones” por las que trabajamos remiten o encuentran su justificación en esta esfera de la vida, lo que no quiere decir que sean producidas con independencia de los procesos socio-culturales, sino al contrario: en estos procesos “trabajar por el propio interés o para no morir de hambre” pueden constituirse en los parámetros en los que se inscribe la “razonabilidad” (Bourdieu, 2001:22) de las prácticas. Precisamente, la modernidad capitalista creó las condiciones de la singularización, cuando producción y reproducción, comunidad e individuo, se desacoplaron, delimitándose simultáneamente un espacio de privacidad, en lo formal salvaguardado de “lo público”, representado por el Estado. Pero en tanto manifestación de ese desacople y de tal delimitación, el mundo particular contiene las condiciones generales de la reproducción -históricamente variables- de un modo que no es transparente ni inactivo, lo que justifica prestar atención a los modos -socialmente variables- de realización de la reproducción. Esto va de las justificaciones (por qué y cómo trabajamos), a las disposiciones del sujeto adquiridas en su experiencia de vida (que es más que su sola vida y trayectoria)¹⁴, a la apropiación y uso de los recursos inmediatos derivados de las condiciones generales (y sus

¹⁴ Experiencia de vida se entiende como conjunto de circunstancias, pertenencias y hasta reminiscencias, formativas del sujeto, y no solamente como aprendizaje adquirido en una práctica dada o por haber transitado una situación particular. La experiencia de vida es una “vida anterior situada”, es decir, dada por los lugares del espacio social que ocupa y por los que transita el sujeto. No debe entenderse como el pasado, si no más bien como lo vivido acumulado, en lo que se inscribe el presente, que no es determinado, sino que a su vez, lo completa y modifica. Esa experiencia provee de los recursos para la acción y configura una cierta forma o estilo de mirar e interpretar, de situarse y de actuar, aunque no necesariamente la mirada o la interpretación en sí. Es, por lo tanto, social e histórica, no simple vivencia subjetiva.

consecuencias), hasta los sufrimientos relativos al espacio de las interacciones inmediatas y aquellas que se remiten a un “malestar cultural”¹⁵.

Métodos más precisos de captación y clasificación de las modalidades de inserción laboral y de empleo son una de nuestras preocupaciones, por tratarse de los recursos necesarios para comprender cómo se trabaja hoy día y cuál es la población comprometida en esas modalidades. Descontada su necesidad, las mediciones no son suficientes para dar cuenta de las transformaciones de orden cultural y de su profundidad, y por lo tanto, para comprender el nivel de la “implicación personal” con el trabajo, y las peculiaridades y fuentes de motivación de tal implicación (Boltanski y Chiapello, 2002): cómo y por qué las personas se comprometen con “su trabajo” y qué sentido dan a sus decisiones y actos, y a las contingencias vitales asociadas a él. Más aún, de la complacencia y/o del sufrimiento e infelicidad (relativos) que esos cambios y compromisos conllevan, en tanto que las aspiraciones de la vida de las personas son constreñidas por el trabajo (que en realidad debería ser el medio), aunque en ocasiones parecería que tienen ahí su única o principal fuente de satisfacción o insatisfacción. Complacencia, satisfacción, sufrimiento, infelicidad o insatisfacción, no son tomados en lo que ellos tienen de expresión de la interioridad de la vida psíquica de las personas, ni como “percepciones subjetivas” en el sentido corriente, que podrían, por eso, ser erróneas, sino porque entendemos que esos sentimientos hallan sus fuentes legítimas en la configuración sociocultural que da sentido a lo querible, deseable, proyectable, etc. Sentidos, a su vez, que se mantienen en disputa en diferentes ámbitos institucionales y socio-culturales de la vida social y que, en gran medida, co-existen en tensión. Precisamente esas tensiones se presentan como exigencias incompatibles para los individuos.

El contexto: condiciones del empleo

Ya es un lugar común referirse a la decadencia de las condiciones de empleo y del trabajo en general, que viene ocurriendo al menos desde la década de 1970; y junto con ello, como no puede ser de otra manera, a la ampliación de la capa de la población cuyas condiciones de vida se deterioraron de manera significativa, situación reflejada en los índices de pobreza, así como en los conceptos sociológicos y las categorías estadísticas elaboradas para dar cuenta del estado y características de la sociedad que se conformó en los últimos treinta años.

Si en los dos finales de década (del 80 y del 90) el proceso de empobrecimiento fue mayúsculo, alcanzando al 38 % de los hogares de la región metropolitana en 1989, y al 42% en octubre de 2002 (es decir, durante la crisis más reciente de 2001/2), la mayor desigualdad social, ya no solamente la pobreza, se constituyó como un rasgo estructural de la sociedad argentina. Medida en términos de ingresos, la diferencia entre los deciles extremos era de 15 veces en 1991; y en 1995 se amplió y se mantuvo en 22 veces. En el primer semestre de 2005, la proporción de los hogares de esta región bajo la línea de pobreza había descendido al 27,4 %¹⁶ y la diferencia de ingresos no varió.

Una manera adecuada de analizar la distribución de la riqueza en el capitalismo es, según Lindenboim et. ali. (2005) tomar en cuenta la distribución funcional del ingreso. Dicen ellos que:

“Es así como, en términos muy generales, el resultado global del proceso de producción se expresa bajo la forma de los ingresos del trabajador y del capitalista y, simultáneamente, en los bienes o servicios finales generados. De donde el estudio de la asignación de la riqueza generada en la sociedad capitalista debe partir de la identificación de la proporción en la que el ingreso total se reparte entre asalariados y capitalistas, esto es, su distribución funcional (o

¹⁵ Cultural en la doble e inescindible acepción de red de significados que hacen al entendimiento de quienes comparten modos de vida.

¹⁶ Esta proporción bajó al 22,5 % de los hogares en el segundo semestre de ese año. En todos los casos son datos de INDEC-EPH.

primaria). Tradicionalmente, el indicador por excelencia es la participación de la masa salarial total en el ingreso susceptible de ser distribuido” (op. cit.:1)¹⁷

Al respecto, en su estudio señalan que entre 1993 y 2001 la participación salarial disminuyó 8 puntos y lo mismo ocurrió entre 2001 y 2003, tendencia que cambió en 2004, cuando se recuperaron 3 puntos, por el incremento de las remuneraciones, [15% para ambos grupos de asalariados (*precarios-protegidos*)], como así también por el mayor número absoluto de trabajadores (9,4%) (op. cit.: 10).

Aún así, todavía en 2005 el 33% de los ocupados tenía ingresos inferiores al salario mínimo en su ocupación principal. Esta proporción llegaba al 55% entre los asalariados privados no registrados estables y al 60% entre los no estables (SEL, 2006: 3).

En cuanto a la ocupación en el mercado de trabajo, el desempleo abierto se manifestó recién en los años 90 y alcanzó su pico en 1995 (18,4 de la PEA de los principales aglomerados que releva INDEC). Con posterioridad a la crisis y devaluación del peso, trepó a 20,9 en la medición de mayo de 2002. Pero ya en 2005 se redujo a valores que fueron del 12%, en el primer semestre del año, al 10,6% en el segundo, en los aglomerados urbanos¹⁸.

Si se descuenta la incidencia de los Planes Jefas y Jefes de Hogar Desocupados, la variación en la desocupación durante el año 2005, sería aún mayor. Con datos de la EPH desagregados por trimestre, se pasó de una desocupación del 14,9 % en el primer trimestre del año, al 11,4 % en el cuarto trimestre¹⁹. La subocupación también se redujo y el empleo pleno²⁰ siguió mejorando levemente: pasó de 33,7% de la PEA, al 38,8% (CENDA, Informe Trimestral, 2006).

Sin embargo, la informalidad laboral y el empleo no registrado se expresaban como problemas manifiestos y desvelaban a los especialistas ya durante el período de decrecimiento que caracterizó a la década de 1980, en consonancia con el resto de América Latina. De hecho, aumentó durante toda la década de 1990, alcanzó valores extraordinarios en 2003 (el porcentaje de asalariados no registrados llegó a 45%), y aunque en 2005 era decreciente, alcanzaba prácticamente al 40% (CENDA, op. cit.)²¹.

Lo interesante de observar es que, cuando la tendencia del crecimiento económico comenzó a revertirse, fue cuando se hizo manifiesto el desempleo; y aquellas condiciones de informalidad y no registro se incorporaron entonces a los argumentos justificatorios de las proposiciones y políticas de reformas de la legislación laboral,

¹⁷ Y acotan en una nota al pie que: “El numerador de dicha expresión está compuesto por el producto entre el salario medio y la masa total de asalariados. Por su parte, el denominador es alguna de las expresiones del total producido por la economía en un año (por ejemplo, PBI a costo de factores, a precios básicos o a precios de mercado), lo que dependerá de la finalidad para la cual se construye el indicador y con la disponibilidad de información. De esta manera, ceteris paribus, un aumento del salario medio y/o de la masa de asalariados o una disminución del producto mejoran el indicador en cuestión, a lo cual debe sumarse, claro está, todas las combinaciones posibles de variaciones simultáneas”. (op. cit.: 1, nota 4)

¹⁸ Datos oficiales de INDEC (URL www.indec.gov.ar). Para el GBA, los datos son: 20,2%; 22,0%; 13,9%; y 11,5%, respectivamente.

¹⁹ Estos corresponden al recálculo que hace CENDA considerando a los beneficiarios de planes sociales que buscan activamente empleo.

²⁰ Se trata del empleo de jornada completa y la inferior de 35 horas voluntaria.

²¹ Por su parte, SEL Consultores (2006), con datos del Ministerio de Trabajo y de INDEC, informa que “el 75% de los empleos privados creados en 2005 [fueron] formales” lo que significa “una disminución de 1.3 puntos en el stock de trabajadores no registrados. Con todo, la informalidad sigue siendo muy elevada: comprende más de 44% del empleo privado. Casi la mitad de estos trabajadores carecen de estabilidad”.

tendientes a lo que se denominó una “mayor flexibilización laboral”; esto es, un uso más discrecional de la fuerza de trabajo por el capital.

El resultado es conocido: la política contribuyó a la precarización del trabajo, que ocurría de hecho por el no registro y la informalidad, al instituir numerosas modalidades de contratos a término, de los que el propio Estado fue uno de los principales empleadores. De modo que en el período durante el cual el pensamiento neoliberal se impuso en la dirección del Estado, se consolidó la reconfiguración de la sociedad y de las relaciones laborales.

Respecto de las modalidades señaladas, cabe aclarar lo siguiente. El “no registro” del empleo (aquello que corrientemente se nombra como “trabajo en negro”) tiene, por definición, un carácter “informal” al estar fuera de la ley. La “economía informal”, por su parte, comprende la ocupación en unidades económicas de subsistencia, sea de autoproducción, con mano de obra familiar o con la ocupación de terceros, intermitentemente. Como se observa, las líneas divisorias son sutiles y más bien parece no haber solución de continuidad en la economía “realmente existente”, aunque haya enormes desigualdades entre los grupos sociales que se ocupan en cada lugar, y en su capacidad –máxima o nula- de incidir en las decisiones de inversión, movimientos del capital, etc. de los que dependen las condiciones de sobrevivencia de tales unidades y de la vida de sus protagonistas.

El no registro del empleo, por su parte, no se restringe a las unidades de subsistencia, ni siquiera a las de escasa rentabilidad, sino que, de manera directa o por la estrategia de la tercerización de algunos segmentos de la producción (sea de insumos o servicios específicos, entre el marketing) el “empleo en negro” ha comprometido a toda la cadena productiva y, por lo tanto, a empresas formales.

“Es importante resaltar que, si bien el empleo no registrado se concentra fundamentalmente en las empresas de menor tamaño, es hoy un fenómeno muy extendido, que ocurre incluso en las empresas más grandes. En efecto, en aquellas que tienen más de 40 ocupados, el 11,1% de los asalariados es no registrado; en las que cuentan de 6 a 40 ocupados, el no registro alcanza al 35,4%. Las empresas más rentables no son ajenas a este fenómeno. En ellas, además, suele existir empleo no registrado “oculto”, a través de la terciarización de servicios en otras firmas. En el otro extremo, en el universo de las empresas pequeñas, el empleo no registrado no es la excepción sino la norma: alcanza al 74,0% de los asalariados.” (CENDA, Informe Trimestral, 2006: 4).

Nuevamente, tanto el empleo en unidades informales, como el no registrado en cualquier lugar, resulta precario por definición: es inestable, transitorio, intermitente, de corta duración, lo que impide la proyección de estrategias de vida de mediano y largo plazo, no solo por los niveles de ingreso, sino por la inseguridad e irregularidad de los mismos. Se descuenta, en este caso, la falta de seguridad social presente y a futuro (frente a enfermedades, accidentes, retiro). Como se deduce, las contrataciones a término bajo modalidades legales comparten el carácter inestable y la inseguridad en la continuidad que hace relativa también su inscripción en la seguridad social. Aún cuando los contratos se renovaran, la incertidumbre se impone en las estrategias de vida de quienes están así ocupados.

En los capítulos respectivos se retoman los debates de los especialistas sobre estos temas y las dificultades que se presentan para la investigación empírica. En esta introducción presentamos apenas estas cuestiones, pretendiendo ubicar los problemas desde el punto de vista de las condiciones para la vida que se configuran con las condiciones en el mundo del trabajo, no porque una y otra conformen esferas realmente separadas, sino precisamente porque el trabajo se representa (y se le presenta a los sujetos) como una esfera autónoma para la que no cuenta la vida; una esfera con “vida propia”, con una dinámica de “relaciones objetivas” a la que corresponden los cálculos de precios, costos, tiempos, productividad, etc. Para el sujeto, a su vez, la vida se presenta dependiendo del trabajo y, en consecuencia, como necesitado de él. Así, dado ese lugar de cuasi autonomía de la esfera del trabajo, la vida fuera de él es una vida en riesgo de perecer, al tiempo que una vida “sin sentido”. De esa centralidad del trabajo en la constitución de la sociedad moderna, se deriva a su vez su esencialización como condición de la vida humana; no un medio para la vida, sino un fin en sí mismo. Esa es la diferencia entre “trabajar para vivir, o vivir para trabajar”, aludida en el subtítulo de este libro.

El enfoque metodológico y el abordaje empírico

En la investigación que dio origen a este libro inicialmente nos propusimos explorar cómo se trabaja hoy día en nuestro país, y específicamente en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano, considerando —y presuponiendo— que se acuerdan o imponen diferentes y variadas condiciones contractuales que, por sobre la formalidad y legalidad, no siempre son explícitas ni claras. Entonces, nuestra preocupación era detectar cambios y características del empleo que no pueden percibirse a través de las categorías estadísticas, ya que éstas deben sintetizar datos agregados para cumplir el cometido de representar un universo y no pueden, en consecuencia, registrar manifestaciones de procesos de cambio que sin alcanzar magnitud, son significativos en términos de la profundidad cultural; esto es, de la instauración de una nueva normalidad. La intención era también detectar situaciones diferentes que no pueden inscribirse en las ya conocidas categorías de registro en los estudios del mercado de trabajo. En este sentido, tal como nos advirtió Alberto Müller²², no podemos describir ninguna situación empírica que no caiga en alguna de las clasificaciones conocidas o en las *zonas grises* (por la ambigüedad de la situación, que hace que pueda ubicarse en más de una de esas clasificaciones)²³. En tal caso, esto confirma, al menos, que nuestra preocupación era razonable. Sin embargo, nuestro problema también iba más allá de las categorías estadísticas concretas para la medición empírica, porque se inscribe en los debates acerca de la exclusión, y de las políticas de inclusión “por el trabajo”. Por eso en la hipótesis distinguimos a los asalariados protegidos típicos en “empleos normales”, de lo que nombramos como “proletariado estructuralmente desprotegido”; y del sector de los “empleados flexibilizados” (contratos a término y de locación de servicio) como una manera de distribuir a la población trabajadora según las condiciones generales del empleo de la fuerza de trabajo en la presente etapa del capitalismo local. Está claro que dentro de cada una de estas condiciones generales se hallan y reproducen situaciones de desigualdad. No obstante, con “proletariado desprotegido” nos referimos a la clase que, teniendo como único recurso su capacidad de trabajo, se encuentra al mismo tiempo con que ésta tiene escasa demanda por parte del sector formal de la economía o es demandada de manera intermitente, con lo que ese “único recurso” pierde también posibilidades de reproducirse, o se reproduce desprovisto de las condiciones que, luego, le son requeridas. En estas condiciones, los sujetos que la conforman son constituidos en “inempleables”, “excluidos”, “carecientes”, etc. y en términos de las condiciones de vida, engrosan la pobreza, aunque no sean quienes así sobreviven los únicos pobres.

Con similares preocupaciones Salvia (2007: 26) se pregunta por “la naturaleza de las actuales relaciones sociales que presenta el mundo de la pobreza” y retoma los conceptos de “marginalidad económica” y de “masa marginal” (Nun, 1969; 1999), luego de repasar críticamente los conceptos de “marginalidad” y “exclusión social” (tanto en sus formulaciones iniciales como en las reelaboraciones a las que dieron lugar) y de señalar atinadamente las ambigüedades, incluso en los referentes empíricos, con que se manejan estos términos²⁴. Lo interesante de hacer notar, agregamos nosotros, es que en buena medida enfrentamos el mismo tipo de dificultades que se presentaban en los debates que sostenía José Nun con Fernando Henrique Cardoso (Salvia, op.cit) acerca de la articulación de estos sectores y sus economías de subsistencia con el sector hegemónico del sistema. Desde nuestro punto de vista el problema es teórico y empírico pues, naturalizamos un conjunto de conceptos de escasa densidad teórica (Grassi, 2007), más adecuados para encasillar conjuntos de personas que para dar cuenta de las relaciones en las que esos conjuntos se reproducen. Pero además, carecemos de estudios socio-económicos que permitan conocer la trama completa

²² En las reuniones mantenidas durante 2004 con los equipos de investigación del CEPED, planteamos estas inquietudes. Ante ellas, con razón Alberto Müller se mostraba fraternalmente escéptico.

²³ Ver Aguilar, Capítulo 4, en este volumen.

²⁴ Primero el trabajo dirigido por Mallimacci y Salvia (2005) y luego el dirigido por Salvia que citamos (ver Salvia y Chavez Molina, 2007), culminan el recorrido situando la discusión en términos que recuperan los análisis estructurales desarrollados en las décadas del '60 y '70, y sometiendo a examen la vigencia del concepto de marginalidad. Sobre la base de esta caracterización, que potencia análisis y debates, planteamos nuestros propios interrogantes.

del sistema económico local, permitiendo determinar qué parte de la economía informal está articulada a ese sistema, y cuál es la población / actividades realmente a-funcionales, dando por supuesto que el carácter sistémico del régimen económico-social no viene dado por la legalidad. De todas maneras, nuestra duda va un poco más allá: nos preguntamos si el conjunto de capacidades presentes o potenciales encarnadas en este conglomerado social son realmente excedentes²⁵ si se mira el problema desde el punto de vista de la reproducción social (Ibid, 2007); es decir, de la producción de bienes y servicios que el mercado no produce porque no tienen demanda solvente, pero necesarios desde el punto de vista de la sociedad cuya existencia desborda la sola economía y, en consecuencia, no puede garantizar el mercado.

Por nuestra parte, como ya lo advertimos, creemos necesario adentrarse en el “mundo del trabajo” como totalidad, como el camino metodológico correcto para aproximarse a comprender las relaciones y las formas de la desigualdad hoy día. A riesgo de ser reiterativas, vale recordar que ya en su constitución, la teoría social moderna recoge el hecho de que en adelante, el mundo de la producción impondría los principios de estructuración del conjunto de la vida social, por lo que la integración social, entendida como co-participación y como reciprocidad de prácticas y mutuo reconocimiento, tendría como principal referente al mundo del trabajo, particularmente por vía y para los varones adultos. En la medida en que “el núcleo de la transformación neoliberal” de las últimas décadas en nuestro país, estuvo dado por “las bases socioeconómicas, institucionales y políticas sobre las que se deconstruyó y reconstruyó el trabajo como idea y como actividad social” (Lindenboim y Danani, 2003: 260), las diferentes modalidades de “estar en el mundo” dan la pauta de como quedó reconstituido en general.

El abordaje empírico

El análisis que presentamos a continuación se sostiene en la información brindada por trabajadores de diferentes condiciones y categorías, del ámbito privado y público, lo que significa que incluye desde empleados en cargos de alto nivel hasta beneficiarios de planes sociales con contraprestación en trabajo.

En total fueron entrevistadas largamente 35 personas, a mediados de 2005, es decir, cuando se había superado lo más agudo de la última crisis que atravesara nuestro país, y se abrían expectativas de mejora en el campo laboral (ver supra). Como señalamos, nuestra intención era captar relaciones y condiciones de ocupación de un espectro lo más amplio posible con la expectativa secundaria de detectar modalidades cuya visibilidad se hacía dificultosa en las categorías relevadas por la EPH de entonces²⁶, y explorar cómo se trabaja en nuestro tiempo, cómo se relacionan las personas con el trabajo y el lugar que éste ocupa en sus vidas.

Con esta preocupación, seguimos un método poco convencional en la selección de lo que consideramos un muestrario de situaciones de vida y trabajo. Este se obtuvo a partir de un conjunto más amplio conformado por la propuesta de posibles entrevistados que le fue requerida al grupo de entrevistadores que fue incorporado a estos efectos, teniendo en cuenta su experiencia en la investigación de campo. De esta manera buscamos ampliar las redes de contactos construidas por las investigadoras del equipo, que acotaban y sesgaban aquel pretendido muestrario de situaciones y condiciones que, presumiblemente, quedan solapadas tras las categorías estadísticas. Pero -reiteramos- nuestra preocupación no era simplemente registrar un estado de cosas, sino avanzar en la comprensión de aquello que justifica y da sentido al esfuerzo y empeño que ponen (ponemos) las personas en trabajar. Esta pretensión exige, a su vez, resguardar una cierta cualidad de la información, por lo que estábamos obligadas a preservar, hasta donde era posible, las condiciones de

²⁵ Nótese que nos referimos a capacidades excedentes y no a población, porque lo que verdaderamente cuenta desde el punto de vista del capital, es el trabajo en tanto factor capaz de producir valor (Postone, 2006). No obstante, como decimos en el capítulo 1, la “mala noticia” es que su portador es un sujeto reflexivo, y “un ciudadano” de una comunidad política (Grassi, 2003).

²⁶ En 2003 dejó de producirse y publicarse la Encuesta Permanente de Hogares tal como se la había conocido desde 1974 (puntual). En su lugar se adoptó una modalidad continua, que en lugar de relevarse dos veces por año como anteriormente, pasó a realizarse durante todo el año, produciéndose información trimestral a nivel de regiones, y semestral a nivel de aglomerados.

comunicación y confianza en la situación de entrevista cuyo óptimo solamente puede lograrse por un prolongado contacto con quienes pueden brindarla. Salvo alguna excepción, las personas entrevistadas pertenecían a alguna red de contactos y relativa cercanía de los entrevistadores o de nuestro equipo, lo que contribuyó a relativizar -al menos en parte y en más o en menos, según los casos- la distancia que se impone en las entrevistas.

La primera delimitación estuvo dada por la localización (residencia y lugar de trabajo) y la condición laboral, para lo que tomamos como referencia las categorías reconocidas (empleo asalariado formal, empleados con contratos a término, empleados en negro, cuentapropistas, beneficiarios de planes laborales, desocupados). Luego de un primer análisis del conjunto así obtenido se balanceó y determinó las personas a ser entrevistadas, teniendo en cuenta variables como género, edad, la pertenencia social que podía deducirse del tipo de ocupación y nivel educativo, y el lugar de residencia y trabajo en la región. Cuando fue necesario, se hizo una nueva ronda de selección. De este modo reconstruimos analíticamente el espacio de relaciones que constituyó nuestro campo de indagación, el que se completó con información proveniente de una investigación acotada a la situación de empleo público llevada adelante por una investigadora del equipo²⁷.

En cuanto a la localización, tomamos como referencia la ciudad de Buenos Aires y los partidos del conurbano que conforman el GBA, criterio que adoptamos por considerar que se trata de un espacio socio-económico en el que existe una razonable continuidad en términos de las condiciones sociolaborales, por lo que constituye una única región. Asimismo, como región concentra también una gran heterogeneidad de situaciones, y expone una marcada desigualdad social que espacialmente se manifiesta en las zonas sur y norte de la Ciudad, como en los Partidos que conforman el GBA, los que son clasificados estadísticamente por el INDEC en cuatro agrupamientos, no necesariamente contiguos, según algunas variables socio-económicas como cobertura del sistema de salud, nivel de ingresos de los hogares, educación del jefe de hogar y condiciones sanitarias de las viviendas²⁸ (INDEC, 2003). A esto cabe agregar que las personas transitan habitualmente entre esta Ciudad y el GBA por razones de trabajo.

La expectativa era (y se cumplió en la mayoría de los casos), preguntar acerca de sus trabajos, a personas que estuvieran dispuestas a conversar sobre ellos lo más extensamente y en confianza. Esta pretensión y la participación de un equipo numeroso para realizar la tarea, hizo necesario organizar el listado de temas en una guía que asegurara contar con la misma información en todas las entrevistas. En total, dispusimos de unas 60 horas de grabación, lo que corresponde a cerca de mil páginas de texto.

Los relatos así obtenidos son la materia prima con la que produjimos este libro, pero no es toda la información con la que contamos para ello, porque se completa con la proveniente del trabajo de campo específico de las doctorandas y de las observaciones de todos los miembros del equipo.

Algunas prevenciones acerca del método nos parecen dignas de recordar. En primer lugar, en cualquier trabajo de campo, no toda la información es utilizable y confiable. Demás está aclarar que la confiabilidad no se refiere a la veracidad (si lo que dice la persona es cierto o mentira, si se contradice, o si su discurso es coherente). La no confiabilidad se refiere más bien al contexto de la comunicación, que se vislumbra en el resultado de la entrevista; en la presentación que hace de sí la persona (por ejemplo, dando fe de que maneja lo que es correcto y “debe” decirse sobre un tema); o en lo que podríamos nombrar como un “exceso de coherencia discursiva”, cuando contiene todo aquello que el entrevistado interpreta que su interlocutor quiere o es conveniente que oiga.

²⁷ Ver Guiménez, Capítulo 6 de este volumen.

²⁸ En algunos estudios el propio INDEC utiliza también las nociones de primero, segundo y tercer cordón de Buenos Aires, los que comprenden partidos que rodean la ciudad de Buenos Aires, como anillos sucesivos. En estos casos, se supone que la población de cada cordón tiene una cierta homogeneidad socio-económica, siendo los más alejados los que concentran los mayores índices de pobreza.

Asimismo, la utilización de una guía en la llamada entrevista en profundidad es ineludible para aunar resultados cuando intervienen varios entrevistadores, pero puede producir interferencias en la comunicación si, por temor a perder información o por necesidad de reorientar el curso de la entrevista, se lleva a reiterar lo ya dicho en la conversación, desconcertando o distrayendo al entrevistado, sobre todo si se ve obligado a volver sobre un tema que, quizás, le importa poco, o a abandonar otro que, de algún modo, lo conmueve y motiva. Aún consentida y en confianza –o según el grado de confianza- la entrevista es una forma de imposición de la comunicación y de los temas, que puede volverse intimidante o comedida, cuando por la necesidad de información se insiste en hablar de lo que el entrevistado no quiere.

Esto da mayor relevancia a la intervención oportuna y respetuosa del entrevistador, y a su capacidad de escucha atenta, dejando en manos del entrevistado el derecho (y admitiéndole la capacidad) para constituir los temas que se le proponen y le atañen –su experiencia- en objeto de su reflexión²⁹; o a guardar silencio sobre algún punto, lo cual también puede ser un dato. La transmisión de esa experiencia se plasma en un relato confiable, no por su linealidad, sino precisamente por los “altos” en los que el entrevistado toma de nuevo (puede decirse) los mismos ítems y los analiza desde otro ángulo, desde donde adquieren otro sentido, y otro valor. En algún caso, se trata de un ángulo que el propio sujeto no había puesto en la mira de sus reflexiones.

Por último, más allá de las destrezas de los entrevistadores, hay personas muy comunicativas, y otras, parcas y de pocas palabras; algunas detallistas, y otras que despojan su relato de cualquier acotación. El resultado final (la calidad de la información) es la síntesis de la profesionalidad del conjunto de investigadores que participamos y de estos avatares. La producción de los datos –de aquellos componentes significativos para abrir brechas hacia la comprensión de los procesos socio-políticos y culturales que nos preocupan- fue un trabajo de análisis en equipo, proceso durante el que fueron decantando los problemas. La determinación del significado de esos datos y el modo como debíamos interpretar lo relatado en las entrevistas, supuso también un esfuerzo para evitar dos tentaciones frecuentes: asimilar la palabra de los entrevistados a una “prueba” de cómo son las cosas (la información devenida dato sin mediación teórica, tomada como expresión directa de las cosas como son), o de aventurarnos en la psicología del personaje. En este caso, nuestro autoanálisis fue para asegurar en nuestra práctica investigativa un principio metodológico que usualmente esgrimimos: lo que los entrevistados transmiten (y más es así cuanto más creíbles y confiables son las entrevistas), no son “los hechos” ni una “verdad trasparenteada” porque lo dicen “los actores”, sino una versión de los hechos en los que de alguna manera están involucrados, desde el lugar de ese involucramiento. Las personas entrevistadas son una fuente primaria de información que, como cualquier otra información (desde los datos estadísticos producidos por cualquier organismo, pasando por documentos de cualquier tipo, y hasta la información periodística), es información producida, elaborada según criterios que podemos llegar a conocer, interpretar y comprender, desde puntos de mirada del problema y según conceptos y estrategias discursivas que podemos identificar, pero siempre producida por personas reflexivas y con intereses en el problema del que hablamos (salvo que hayamos elegido mal a nuestros informantes)³⁰. En ese sentido, la información que brinda una entrevista confiable no puede ser juzgada como verdadera o como falsa³¹, o como un dato duro³². Pero si

²⁹ Dice Heller (op.cit.:25) que al comunicar las experiencias, se transmite el mundo apropiado activamente; en su comunicación, el sujeto se objetiva a sí mismo y a su mundo. “En toda situación de transmisión de experiencias, en toda reflexión, nos enfrentamos con procesos de objetivación”.

³⁰ Es interesante observar que cuando se cita a la prensa como fuente de información se la critica por poco confiable “porque los medios tienen intereses (económicos, políticos, etc.)”, lo que nunca se dice del material de entrevistas, como si las personas carecieran de interés en el tema o pertenecieran a un espacio de idílica comunicación desinteresada, a un espacio desmaterializado, carente de objetos y de objeto, lo que en realidad, invalidaría la comunicación, pues no habría sobre qué comunicarse. Es de suponer que entrevistamos a personas de algún modo involucradas en el tema de investigación, por lo tanto con interés (en el doble sentido de “inclinación de ánimo hacia el objeto” y de “beneficio de orden moral o material”) en el mismo. Si no fuera así, equivocamos la selección de los informantes.

³¹ Lo que no quiere decir que no podamos toparnos con un informante mentiroso o fabulador, en cuyo caso la entrevista es inutilizable. Pero no es este el sentido al que nos estamos refiriendo. Incluso, una información falseada puede ser un dato válido, según la naturaleza del problema de investigación.

preguntamos a las personas por las condiciones de su ocupación, las descripciones serán necesariamente relativas y a los efectos de nuestros objetivos no nos interesa cuántas personas dicen estar conformes o la inversa, sino la perspectiva, relaciones y fuente de la conformidad o disconformidad, las variables que toman en cuenta al evaluar esas condiciones, y los intereses que orientan la combinación que hacen de tales variables. Esto exige descomponer y contextualizar el relato, no juzgar su ajuste a lo que “es real” desde nuestra perspectiva o presuponer que refleja hechos objetivos³³. El resultado del análisis es (debe ser) una nueva composición de esos elementos.

Pero entonces, ¿cómo ver a través de distintas y personales versiones los “problemas socio-políticos y culturales”? En principio, si asumimos que cada vida particular es una vida particular de las vidas posibles en los lugares del espacio social (de los mundos) por los que transita cada uno, es posible asumir que en las vidas de cada uno se manifiestan las múltiples relaciones que determinan esos lugares. Si consideramos, además, que cada sujeto particular mantiene con ellos (el espacio y los lugares en ese espacio) una relación activa en tanto sujeto práctico y reflexivo³⁴, es posible presuponer que las variables y datos³⁵ que los sujetos incorporan en sus reflexiones acerca del mundo y de su lugar en él, deben ser apropiadas de entre aquellas producidas en esa multiplicidad de lugares y, por lo tanto, necesariamente compartidas. Si sus datos y variables (en el sentido de elementos que se ponen en relación al reflexionar sobre un tema) no emanan de las cabezas individuales, como tampoco ocurre eso con las relaciones que, en la vida cotidiana, se establecen entre “variables y datos”, entonces ni unas ni otras son infinitas, sino más bien acotadas a la experiencia común de los hechos en un espacio social. Es decir, inscriptas en modos de razonar que son sociales e históricos, y referidos a “objetos” reconocidos o reconocibles en el mundo así constituido³⁶. Si así no fuera, no habría comunicación. Y si, además, el poder hacer objetivable, visible, decible un problema (el poder hacerlo problema), no fuera eso, un poder³⁷ “de conservar o transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo” (Bourdieu, 1990: 290) no habría comunicación, no habría hegemonía; no habría, en última instancia, algún orden (contingente) habilitante de prácticas. Ambas (comunicación y hegemonía) son supuestos necesarios de este abordaje metodológico.

¿Quiénes nos brindaron su tiempo y contaron sus experiencias?: 14 mujeres y 21 varones. La menor de ellas tienen 20 años, y la mayor, 52. Las edades de las demás están proporcionalmente distribuidas entre esos extremos. En cuanto a ellos, el menor tiene 19 y el mayor 59; el grupo más numeroso (8) tienen entre 26 y 30 años. Los demás también se distribuyen proporcionalmente en todo el continuum.

³² Es obvio que también requerimos datos que exigen exactitud, como puede ser la cantidad de hijos a cargo del trabajador, o cuanto tiempo lleva sin tener un trabajo estable, por ejemplo. Pero esta última pregunta puede tener dos tipos de respuestas: “mucho, hace un año”; o “no tanto, hace un año no más”. Si así fuera, ninguna es falsa ni ninguna verdadera; ni las personas podrían juzgarse como obsesiva –una- e inconciente, la otra, aunque alguna tuviera alguna de estas características.

³³ La narración más ajustada a los hechos tal como son u ocurrieron realmente, puede ser poco confiable o escasamente significativa si el entrevistado dice sobre ellos lo que el entrevistador le adelanta (de modo involuntario) lo que quiere escuchar (o lo que cree que éste quiere escuchar o que debe decirse sobre ellos).

³⁴ De saber hacer lo que hay que hacer, pero también de saber reflexivo.

³⁵ Aunque “variables y datos” no tengan las exigencias de confiabilidad que para el campo investigativo, en nuestras opiniones corrientes usamos información sobre los diferentes aspectos de un problema y establecemos vínculos y relaciones (la más de las veces, causales) entre ellos.

³⁶ “El hombre solo puede reproducirse en la medida en que desarrolla una función en la sociedad: la autoreproducción es, por consiguiente, un momento de la reproducción de la sociedad. Por lo tanto, la vc de los hombres nos proporciona, a nivel de los individuos particulares y en términos muy generales, una imagen de la reproducción de la sociedad respectiva, de los estratos de esta sociedad” (Heller, 1977:20) [...] La reproducción del hombre particular es la de un hombre histórico, de un particular en un mundo concreto... (Ibid: 22)

³⁷ También aquí, en doble sentido de poder como dominación, y poder como dominio o capacidad de hacer (Giddens, 1987)

Únicamente 2 nos dicen que están desocupadas, aunque suelen encontrar pequeños rebusques para arrimar ingresos a los que les provee el PJJHD y alguna otra ayuda social. En el otro punto de un imaginario continuo, tres de estas mujeres están formalmente empleadas en el sector servicios y comercio, ninguna tiene nivel jerárquico. Una de nuestras entrevistadas posee una pequeña empresa de servicios. Otras tres mujeres tienen empleos totalmente en negro; tres tienen ocupaciones informales; una cartonea, además de hacer limpieza por horas; en tanto que la ocupación de otra se ubica en una zona gris entre el cuentapropismo y la dependencia. Además de las dos que declaran estar desocupadas, otras cuatro tienen ingresos del PJJHD. Solamente cinco de ellas tienen algún seguro de salud y hacen aportes provisionales.

Los varones, por su parte, están en la siguiente situación: 9 tienen empleos formales que van desde un nivel profesional alto, a repartidor a domicilio; uno tiene un contrato como autónomo con una única empresa de servicios de programación; dos mantienen sus ocupaciones en empresas recuperadas; uno está desocupado, pero milita activamente en una organización social; dos están autoempleados en una zona gris entre la autonomía y la informalidad, dos están empleados sin registración en unidades económicas muy pequeñas y frágiles en términos de sus subsistencia, que prestan servicios de reparaciones en el rubro de la construcción; uno está contratado en una dependencia estatal; dos viven de changas intermitentes; y uno tiene un pequeño comercio barrial de venta de productos diversos (regalos, perfumería, limpieza).

En cuanto a los niveles de educación formal alcanzado por las mujeres: 4 tienen estudios superiores (una terminó su carrera, y 3 están cursando), una completó estudios terciarios, 6 completaron la escuela secundaria y 3 tienen estudios primarios completos. De los varones, uno de ellos hizo estudios de posgrado universitario, 3 completaron carreras de este nivel, 4 tienen estudios universitarios incompletos, 2 terciarios sin completar; 3 terminaron la escuela secundaria y otros 4 la abandonaron sin concluir. Otros 3 completaron la escolaridad primaria y uno no lo hizo. Dos mujeres y tres varones declaran, además, algún oficio.

Si bien en este grupo hay relativa coincidencia entre quienes alcanzaron mayor nivel en el sistema educativo y la formalidad en el empleo, también se encuentra que ello no asegura condiciones más benignas: de hecho, tiene nivel universitario una de las personas que se halla en situación de mayor dependencia del mercado, con mayor inestabilidad de ingresos y sin ninguna previsión social.

La mayoría tiene responsabilidades familiares y son proveedores principales del hogar: es el caso de 3 y 9 varones. A la vez, otras 3 mujeres y 3 varones viven solos, de modo que dependen de sus ingresos. En otros 9 casos (4 mujeres y 5 varones) sus ingresos son indispensables en el hogar y cubren por lo menos la mitad de las necesidades. El resto hace aportes menores.

La organización del libro

El libro se organiza en 8 capítulos. Cada uno quedó a cargo de las integrantes del equipo cuya autoría se consigna, aunque han pasado por diferentes instancias de análisis y discusión colectiva. En ese sentido, la obra es del equipo. Por supuesto, es deudora del grupo que participó de las entrevistas³⁸ y particularmente, de quienes anónimamente brindaron su tiempo y se dispusieron a hablar de sus experiencias en aquellos temas que nos inquietan.

Cada capítulo toma en cuenta las diferentes condiciones en que se establece la relación laboral, a partir de los relatos que algunas personas hacen y que se seleccionaron como más expresivos y significativos respecto de esas situaciones, salvo el primero y el capítulo 6. En el primer caso se comparó la situación de todos quienes informan trabajar en relación de dependencia, bajo la modalidad clásica de contratación por tiempo indeterminado. El capítulo 7, referido a las estrategias desarrolladas para afrontar los riesgos y contingencias de la vida, analiza el conjunto de la información que surge de todas las entrevistas.

³⁸ Ellos son: Geraldine Camjalli, Brenda Canelo, Sofía Cecconi, Silvia G. Fábregas, Ramiro Fernández Silvana Garbi, Laura Klasmer, María del Rosario Ortiz Ferreira y Diego Zenobi

Como decimos, el libro es una obra colectiva. Sin embargo, tomamos la decisión de escribir cada capítulo de tal modo que pueda leerse independientemente, razón por la cual se reiteran informaciones y precisiones teóricas y metodológicas y se desarrolla in extenso el problema en el que se inscribe. Asimismo, podrá observarse que, en su mayoría, los capítulos son precedidos por un tramo de alguna entrevista; fragmento de un texto que, a nuestro juicio, condensa lo más esencial de la relación que se describe luego.

El primer capítulo se titula **“Empleos ‘normales’. Condiciones y disciplinas de trabajo; proyectos y estilos de vida”** y está a cargo de Estela Grassi y Claudia Danani. En él se analiza la relación que establecen las personas con aquellos empleos que se ajustan a las normas que tipifican el llamado “trabajo normal y protegido”: por tiempo indeterminado, según jornadas regulares, con derecho a vacaciones y licencias pagas, y al pago de trece sueldos anuales, por el pago del aguinaldo, y cuyos agentes están comprendidos por la seguridad social, entre las principales cuestiones generales establecidas por la ley de contrato de trabajo. Las referencias las dan un grupo heterogéneo de personas, cuyo universo de experiencias, así como las condiciones en las que los hallamos, se nutren por su paso por diferentes lugares del espacio social, en algunos casos muy distantes.

En el capítulo 2 *Nuevas formas de trabajo en las grandes empresas: individualización y estrategias de carrera entre asalariados de altos puestos*, Florencia Luci se detiene en describir estas formas, con la ayuda del testimonio de un joven profesional que ostenta una avanzada carrera en una compañía en la que se desarrollan prácticas de organización del trabajo y relaciones laborales que están en sintonía con el “nuevo espíritu” managerial.

Por contraste, en el Capítulo 3 *Empleo y seguridad: la experiencia de trabajar en negro y la memoria del trabajo “estable”*, Claudia Cabrera se refiere a la situación de quienes están ocupados de manera irregular, bajo acuerdos de palabra, sin seguridad ni continuidad. En algunos casos, estas modalidades constituyen su experiencia de normalidad del trabajo; otros, con una trayectoria más larga y un universo de experiencia que incluye bienestar y expectativas de progreso, rememoran un pasado perdido y sufren su presente de decadencia.

En el Capítulo 4 *Inseguridad e imprevisibilidad: Cuando no se puede parar de trabajar*, Paula Lucía Aguilar se detiene en algunas situaciones de trabajo que, desde el punto de vista de la descripción analítica, se ubican en esas zonas grises entre la informalidad y el cuentapropismo o entre éste y la dependencia salarial. Situaciones que se caracterizan por la amalgama entre la vida cotidiana y el trabajo y por dos imposibilidades: la de separar ambos y la de “parar de trabajar”.

La precarización del empleo en la esfera del Estado es el objeto del Capítulo 5 *El escenario laboral en el Estado argentino luego de una década de reformas. Crónica de una precariedad anunciada*, a cargo de Sandra Guiménez. Además de aportar información acerca de las formas de contratación a término que se impusieron con la pretendida modernización del Estado que impulsó el pensamiento neoliberal, en un ámbito institucional cuyas prácticas tienen capacidad instituyente, analiza los conflictos generados en el interior de este espacio laboral, y la lidia de las personas con la fragilidad de sus contratos, o con la falta de reconocimiento y estímulo que produjo esa política de empleo público.

Malena Hopp se ocupa del Capítulo 6 titulado *Planes sociales, contraprestación y las huidas de la asistencia*. Allí se analiza los distintos sentidos que adquieren los planes de asistencia con contraprestación en trabajo en la vida de las personas, y se aborda la relación entre las experiencias de vida y la construcción de esos sentidos y de la “contraprestación” que proponen.

Por su parte, Maitena Fidalgo escribe en el Capítulo 7 acerca de los *Riesgos y contingencias de la vida: estrategias e institucionalidad confusa*. Sus reflexiones se basan en lo que las personas entrevistadas manifiestan acerca de las estrategias desarrolladas para afrontar los riesgos y contingencias de la vida, y analiza la relación establecida con las formas institucionalizadas de la seguridad social, en los casos en que ésta ha sido dada.

Finalmente, en el Capítulo 8 *Trabajar para vivir o vivir para trabajar: esa es la cuestión*, Estela Grassi y Claudia Danani vuelven sobre el tema general del libro, retomando los resultados de los análisis empíricos.